

Sobre la universidad-empresa

TERESA E. CADAVID G.
Profesora de cátedra, Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia

Hace ya varias décadas, Hanna Arendt, al hablar de la crisis en la cultura o en la “cultura de masas” de la moderna “sociedad de masas”, anotaba, entre otras cosas referidas al término, que el filisteísmo “denotaba una mentalidad para la que todo se debía juzgar en términos de utilidad inmediata y de valores materiales”, y que por consiguiente no respetaba demasiado a obras y actividades tan inútiles como las que se dan en la cultura y el arte”.ⁱ Se trata de la expresión, originariamente (siglo XVIII) en boca de estudiantes universitarios alemanes, empleada básicamente para dividir a la humanidad en dos grandes grupos: el de quienes estudian o han estudiado en universidades, en academias o escuelas politécnicas, y el de aquellos que no han tenido esa ventaja, y a quienes llaman filisteos.ⁱⁱ

La verdad es que el término, aparte de hacer referencia a la nación de la costa del Mediterráneo al norte de Egipto que luchó contra los israelitas,ⁱⁱⁱ se ha difundido por doquier, y de la jerga estudiantil europea pasó a adoptar incluso connotaciones políticas —como calificativo, tal vez derivado del uso que hizo Engels del término en su correspondencia con Marx, para referirse al oportunismo pequeñoburgués—; pasando por una suerte de filisteísmo moral, que se atiene a las conveniencias, o un cierto oportunismo que no respeta contextos, antecedentes históricos, valores.

Bajo el filisteísmo, en la época moderna, la cultura misma pasa a ser valor de cambio; la cultura es un valor que el filisteo busca poseer, fundamentalmente a cambio de un ascenso social. Se trata de una mentalidad estandarizada, de un pequeñoburgués estandarizado, pedante, estrecho de miras —como el personaje George F. Babbitt, de la novela de Sinclair Lewis (1922)—;^{iv} hombre de negocios o profesional irreflexivo, inculto, vulgar, que ostenta los valores de la clase media.

Pero ya en la actual sociedad de masas, siguiendo a Arendt, no se trata tanto de cultura como de entretenimiento, ni de un filisteísmo que podamos considerar derivado de ese modernismo que surge como reacción de un grupo social letrado, burgués, ante el arribo de una democratización o masificación de la cultura —el modernismo como “variedad de la cultura letrada que se caracteriza en lo político por una marcada hostilidad a la democracia”—,^v sino de un filisteísmo que, al interior de esa cultura pretendidamente democratizada, en una sociedad de masas como la actual, pone al servicio de los intereses económicos los bienes culturales, y la educación misma.

Todo ello porque si hoy, como política educativa, la universidad se plantea como empresa, del tipo ‘empresa de servicios’, aparte de las ventajas relativas al autofinanciamiento, proyección social y demás, que en primera instancia no entrarían en discusión, se pueden suponer riesgos importantes, sobre todo

cuando la calidad de la formación académica parece ocupar un segundo plano, que se podrían contemplar bajo dos perspectivas complementarias: la relación de la universidad con la sociedad de consumo y su tendencia a constituirse predominantemente en un ente administrativo. Riesgos en cuanto a su misión de “deberse ante todo a sí misma”, de “obedecerse a sí misma como tradición y como proyecto”,^{vi} y que tal vez no hayan sido suficientemente advertidos ni ampliamente discutidos por fuera de aquellas mismas instancias ocupadas en la ‘gestión’ de la universidad.

Puesta la universidad al servicio de la sociedad de consumo, el conocimiento hecho crudamente mercancía, la universidad-empresa obviamente queda sujeta a las leyes del mercado, a la lógica utilitarista del mercado. Y entonces se presiente, tras el velo de cierta ambigüedad en nuestra actual vida académica, que la universidad pasa a cubrir, bajo el lema de la eficiencia, los encargos del mercado; sus programas se encargan, precisamente, de cubrir las demandas del mercado, de adiestrar para la producción y de ofrecer (y hasta dicen ‘ofertar’) ‘servicios’, gestionarlos, administrarlos y venderlos. Y a este respecto, lo que tal vez competa a la ‘universidad’ privada, que obedece a intereses particulares, más o menos delimitados, resulta abiertamente desastroso si se quiere seguir hablando de ‘universidad’, y por añadidura, ‘pública’.

Que la universidad cubra esas demandas no es lo grave; porque, entre otras cosas, en gran parte su vitalidad se deriva del vínculo con la vida social, asociado a vínculos clave como los de teoría y práctica, ciencia y técnica, cultura y vida, y otras tantas parejas que para el caso resultan correlativas. El problema es que la universidad, bajo el devorador afán de internacionalización de la economía, que encarna la supuesta globalización —y se colige que lo que se ‘globaliza’ es el poder del capital—, llegue a pensar sólo lo que el mercado le diga, que investigue sólo lo que el mercado quiere; es decir, que se subordine al mercado, que el saber se supedite cada vez más a lo que dicte la economía productiva, que un determinismo económico gobierne el quehacer universitario y le trace, más o menos explícitamente, las rutas a la investigación. Porque una cosa es que el conocimiento ‘valga’ y en cierta medida se pueda ‘vender’, y otra que se busque crear saber expresamente con el objeto de venderlo. Si el objetivo primordial es vender, el quehacer académico se queda en una irreflexiva inmediatez, y la educación misma pierde su libertad de proponer. ¿Dónde queda la universidad?; o mejor, ¿a qué costo es rentable la empresa universidad?

De los modelos de enseñanza práctica, pasando por el Plan Atcon —que fijó, en los setenta del siglo pasado y en el contexto de la ‘guerra fría’, la estrategia de modernización educativa de Estados Unidos para América Latina—, a las políticas neoliberales y las tendencias actuales hacia la internacionalización de la educación, en el contexto de la globalización, la universidad se consolida como empresa y el conocimiento como mercancía. ¿Cómo no ver ahí encubierto el carácter filisteo, en el sentido antes dicho, de nuestra actual educación superior? Más, si se piensa en algo que parece una extendida consideración o vulgarización del pragmatismo —derivado de aquel otro que, legado por autores como James y Peirce, resultó ser la contrapartida norteamericana a las filosofías modernas de cuño europeo—, y que se podría decir que, por una parte, atiende a la solución de los problemas desconociendo un pilar fundamental de la universidad como lo es la ‘tradición escrita’, que sustenta la vida académica y es todo ese conjunto de referencias escritas que constituye la cultura letrada. O, por otra parte, ‘echa mano’, de manera oportunista, de cualquier conocimiento, en una especie de ejercicio como el de ‘cortar y pegar’ información de Internet que practican tantos malos estudiantes.

Por lo demás, la universidad como empresa, sujeta a esos afanes utilitaristas y pragmáticos, propiciadora de conductas competitivas y un cierto arribismo financiero, deja a los estudiantes a merced del

mercado; en la búsqueda de 'para *qués*' y no de '*qués*' o '*por qué*', en medio de un mercantilismo que socava su fundamentación como sujetos del conocimiento, si es que la universidad les ha dado cabalmente formación como tales. Habría que ver allí un vacío en al menos uno de esos tres elementos que Antanas Mockus (2006) designaba como ejes de la 'misión' de la universidad: el discurso crítico, la tradición escrita y la reorganización racional de la acción o reorientación racional de las propias acciones; los que deben ser integrados para fortalecer la calidad de la formación (y formarse no es lo mismo que llenarse de información). Y hasta se podría bosquejar ese vacío diciendo solamente que cada vez parece desdibujarse más el perfil académico de nuestra supuesta 'comunidad académica'.

Parecería, entonces, que hoy, sin duda bajo el efecto de la globalización, ese filisteísmo-mercantilismo resulta claramente desaforado; o, para decirlo de otro modo, si es que hay una crisis de la cultura, como lo sostienen algunos, ésta sería la de un filisteísmo desbordado. Ya ni se hace crítica a esa actitud en los ambientes universitarios, porque, entre otras cosas, todo está bajo el efecto ya mítico del mercado y la mundialización. Problemática que no parece ser resueltamente planteada en nuestro medio, y que más bien parece derivar en algo de lo que ya ni vale la pena hablar, porque obviamente hoy toda expresión cultural es tenida como valor de cambio —¿no es ahora muy comercial todo aquello que supuestamente es muestra de 'identidad'?, ahora, precisamente, cuando todo pasa a ser 'mundializado'—; ¿no van a ser, entonces, valor de cambio los 'productos' de una investigación? De hecho, ya no se habla de 'resultados' de un trabajo investigativo en la universidad, sino, en la jerga mercantilista, de los 'productos' de cualesquiera de esos trabajos; y desde hace tiempos, en la universidad se habla de 'vender' ideas.

En cuanto al otro riesgo, que la actividad de la universidad se centre en lo administrativo, que se nombre predominantemente como empresa 'gestora' o administradora del conocimiento, puede que, en primer lugar, la moda o 'cultura' administrativa haga que incluso lleguen a primar las soluciones administrativas frente a los asuntos académicos. De manera que llenar formatos, cumplir agendas y requisitos, 'gestar' proyectos y demás sean las respuestas que la institución logre dar a los problemas que le plantea el conocimiento.

Y, en segundo lugar, esa tendencia a administrar que se respira en la universidad, porque todo se puede administrar (para una muestra, 'el recurso humano') y todo se vuelve empresa, bien podría resolverse en fábrica o adiestramiento de mentes uniformadas que van a servir al sistema macroeconómico, pues, como lo dice Mockus (2006): "si pensamos en una *educación para la producción* y pasamos por alto el acceso a la tradición académica, irremediablemente la educación para la producción degenera en entrenamiento para tareas específicas (entrenamiento que por demás tiende a volverse obsoleto en un tiempo cada vez más corto). En cambio, si alguien es formado en esa tradición [...] se convierte casi sin quererlo en portador de racionalidad, en un 'racionalizador', en un individuo que frente a lo empírico dado, siempre estará instándolo en un ámbito de posibilidades, en un individuo que de un modo u otro pretenderá reorganizar lo real desde lo dispuesto sobre el papel y será capaz de asumir de manera sistemática procesos".^{vii} Si se descuida el diálogo con el saber desde la cultura letrada, se pierde la formación, y la universidad se proyecta casi como fábrica.

De lo cual darían cuenta no sólo las terminologías rimbombantes empleadas por los programas en sus 'planes de desarrollo' —gestión, proyectos, estrategias, organización, productos—, sino también la adicción a la informática, con mentes-empresas que planean lo que otros, cada vez menos, ejecutan. Sí, no es raro, más bien sintomático, el auge en las universidades de las carreras de administración de empresas;

la empresa 'gestora' (administradora) de empresas, y 'formando' individuos que resuelvan problemas de producción y eficiencia y que contribuyan a preservar y promover las sociedades de consumo.

Pero, entonces, si todos buscan administrar, ¿quién realmente produce o piensa?, ¿quién, por fuera de la maratón de títulos exigidos, realmente investiga? Casi podría decirse que la administración resulta ser el eje vertebral o la tendencia formativa común a todos los programas de postgrado de la universidad; sin contar con que la investigación misma, con sus esquemas de trabajo, protocolos, jerarquías y credenciales, puede llegar a parecer, en la práctica, una carrera administrativa (del conocimiento) o una especie de ejercicio burocrático. Campo en el que el pequeñoburgués filisteo tal vez ejerza con mayor avidez y oportunismo la captura de información; no la libre, reflexiva, formación.

En nuestra vida académica parece privilegiarse la adopción irreflexiva de teorías, antes que el planteamiento de problemas; la exhibición de títulos, antes que las verdaderas aptitudes y capacidades; la búsqueda de intereses propios, antes que el desarrollo y afianzamiento de comunidades de pensamiento... Además, la institución parece ser arrastrada o acudir impotente a una suerte de encantamiento bajo los poderes económicos, en azote filisteo de la cultura; calladamente, la universidad podría prestarse a ser otro negocio más de la industria cultural, o del entretenimiento, al servicio de esos poderes. Industria que favorece obviamente el individualismo, al tiempo que parece interferir las políticas educativas y dirige el consumo de información a través de sus distintos medios. Es el capitalismo filtrando el conocimiento hacia la productividad y el consumo.

thcg1@yahoo.es

ⁱ ARENDT, Hannah: "La crisis en la cultura: su significado político y social", en: *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona: Ediciones Península, 1996, p. 213.

ⁱⁱ PÉREZ TRIANA, Santiago: *Reminiscencias Tudescas*, en: Biblioteca Luis Ángel Arango, blaa digital, <http://www.lablaa.org/blaaavirtual/historia/remtun/remtun6.htm>

ⁱⁱⁱ Según el diccionario de la RAE, se designaba como filisteo al "individuo de una pequeña nación que ocupaba la costa del Mediterráneo al norte de Egipto, y que luchó contra los israelitas", aunque el término filisteísmo no aparece allí. Según María Moliner, es el "individuo del sur de Palestina, enemigo de los israelitas y tenido por bárbaro y materialista". Según el Larousse, los filisteos son un "antiguo pueblo de Asia, establecido entre Siria, el Mediterráneo y la región de Jopé. Desaparecieron de la historia en el siglo VII". Y en el Webster, Philistia (Filisteo) es el antiguo país, al suroeste de Palestina, combatido por Sansón en la Biblia.

^{iv} El término *Babbitt*, precisamente en el sentido de lo que venimos entendiendo por "filisteo", se incorporó al inglés por efecto de esa novela y la caracterización que allí se hace del personaje.

^v Al respecto, véase: Jon Juaristi, "Cambios en la cultura", IV Ciclo de Conferencias de Otoño de 2001: "Cambios en la cultura, cambios en la educación", Fundación Santillana, octubre de 2001. En: <http://www.indexnet.santillana.es/rsc2/IVciclo/IVciclo.html>. Acceso: febrero 20 de 2008.

^{vi} MOCKUS SIMICKAS, Antanas: "La misión de la universidad", en: *Lectiva* No. 12, Asociación de Profesores-Universidad de Antioquia, Medellín, dic. de 2006.

^{vii} *Ibid.*, pp.105-106.